

Cómo inventaron el libro los cristianos

Maurizio Blondet - 04/12/2005



Como se sabe, para un griego o un romano un libro era un rollo: lo llamaban volumen, «*lo que se enrolla*».

También para los hebreos los libros eran rollos; los esenios de Qumran los conservaban verticalmente dentro de tinajas.

De costoso pergamino o de poco menos costosas hojas de papiro, el *volumen* hacía necesaria una forma diversa de lectura. Se leía de pie, y a menudo hacía falta un esclavo que sostuviera el rollo desplegado ante el lector.

Por lo demás, en el mundo antiguo, la lectura era «recitación»: se leía exclusivamente en voz alta.

El libro como hoy día lo conocemos –el libro de páginas– es una novedad revolucionaria introducida por los primeros cristianos. Por necesidad práctica.

Entre los discípulos de Jesús, y probablemente también entre los del Bautista, había «taquígrafos» que recogían las palabras y las enseñanzas memorables: sin mediación, «en directo», como ahora se saca una instantánea sin pretensiones, para conservar un momento único o feliz.

Esos escritores rápidos no empleaban tablillas de cera en que grabar con un punzón como los antiguos romanos, operación demasiado lenta para una instantánea.

Se servían de cuadernos de pocas páginas, de pergamino, tal vez tensas dentro de un marco, que se usaban desde unos treinta años como forma de transmitir rápidamente informaciones; sin duda en uso entre los comerciantes, esos *blocs de notas* se había difundido en las rutas y las ciudades de comercio, Tiro y Cesaréa, Gadara y Alejandría.

Esas antiguas libretas de apuntes se llamaban *membranæ* (en griego *membranai*), o sea, precisamente «*pergaminos*».

San Pablo escribía en esas *membranæ* sus cartas, y a veces pidió a sus discípulos que se las consiguieran.

Cuando Jesús dejó este mundo, las libretas con sus frases recogidas de su viva voz fueron el instrumento necesario de la predicación de los apóstoles y de sus enviados misioneros.

Copiando y uniendo las libretas, una sobre otra, y tal vez encuadernándolas para poder llevarlas en los viajes misioneros, formaron libros como los conocemos hoy día. Libros con páginas que hojear.

La presencia de las *membranæ con los apuntes tomados en directo* explica por qué los Evangelios fueron escritos en época relativamente tardía (si bien del Evangelio de Marco, que recoge la viva predicación de Pedro, existe un fragmento del 48 después de Cristo): es que durante muchos años, mientras vivieron los testigos oculares de la predicación del Señor, las *membranæ* «fueron» los Evangelios. No hacía falta reelaborar ni poner en orden los apuntes sueltos, simples soportes para la memoria viva.

Lo cual explica también la mano segura con que la Iglesia, siglos más tarde, supo distinguir los Evangelios auténticos de los apócrifos: tenía en mano las fuentes seguras y originales, las “grabaciones” de la palabra de Jesús.

Esa era la «tradición» viva de la Iglesia.

Es muy significativo un pasaje de S. Ignacio de Antioquía, Padre de la Iglesia y obispo de Antioquía en el siglo segundo, que refleja las evidentes discusiones sobre las fuentes:

«*He oído algunos que decían: 'si no lo encuentro en los archivos (arjéia), no lo creo en el Evangelio. Y cuando les replicaba: 'ha sido escrito', me contestaban: 'ese es el problema'. Para mí, mis archivos son Jesucristo; mis archivos invencibles son la cruz, su muerte, su resurrección y la fe que viene de El*».¹

De esas breves frases se ve cómo consideraba la comunidad cristiana las *membranæ* conservadas: a la vez con escrúpulo que diríamos científico, y con ligera devaluación.

¹ - Carta a los Filadelfios, VIII, 2.

Cada apunte, palabra disecada, conserva por fuerza una cierta ambigüedad; su interpretación es un cuidado obsesivo de la Iglesia primitiva, que hace continua referencia a la palabra viva de los apóstoles y a la fe de la misma comunidad.

Aquí está la desconfianza del mundo antiguo hacia la palabra escrita.

Platón escribió que los libros tienen un defecto, no responden a las preguntas.

Siglos después Papías, obispo de Hierápolis en Frigia, a propósito de los evangelios repite el concepto platónico: «no pensaba que las cosas que vienen de los libros fueran tan útiles como las que vienen de una palabra viva (*zosé phoné*) y duradera».

Para el hombre antiguo, la verdad y la sabiduría habla con la voz de los hombres, *de los testigos*.

Por eso es absurdo incluso pensar que en esos textos «taquigráficos» hayan podido introducirse interpolaciones arbitrarias, pensamientos y comentarios personales de los amanuenses.

La colectividad cristiana no los habría aceptado.

Es notorio que desde el principio esos apuntes fueron escritos no ya en hebraico o en aramaico, sino en el griego simplificado que era entonces la lengua franca comercial del Mediterráneo, el *koiné dialektos*, el «habla común».

Altos prelados y teólogos presuntuosos ahora, per funesta pasión arqueologista que roza con el fundamentalismo judaico, pretenden «reconstruir el texto aramaico» subyacente, según ellos, a los Evangelios.

La operación es casi seguramente abusiva. Olvidan –quieren olvidar– que los mismos Sabios ancianos de Sión, casi un siglo antes del nacimiento de Cristo, habían traducido sus libros sagrados al griego, en Alejandría, ya que pocos hebreos conocían de verdad el hebraico y el aramaico, excepto los que vivían en Palestina. Eran una minoría: en todas las épocas, dos tercios de los hebreos han nacido y han muerto fuera de la «tierra santa». La mayor parte eran mercaderes en el mundo mediterráneo, y el griego era su lengua nativa.

Los esenios, los fanáticos de Qumram, impusieron de nuevo el hebraico como lengua canónica de su Biblia (que por otra parte interpolaron sin escrúpulos): era una operación artificial, arqueologista y fundamentalista, semejante a la de los prelados «modernos».

¿Debemos pensar entonces que los «taquígrafos» discípulos de Jesús, al escribir rápidamente en las *membranæ*, traducían instantáneamente del aramaico al griego?

¿No es más fácil pensar que el mismo Jesús hablase griego?

El biblista André Paul lo deja entrever.²

En su predicación itinerante, el Mesías pasó a veces y fácilmente por zonas en que la lengua hablada era el griego. No sólo: el uso del griego habría sido cosa normal teniendo en cuenta la línea de ruptura que Jesús siguió en el seno del mundo hebraico, contra el exclusivismo de los **judíos fariseos**, los futuros rabinos, y tal vez en abierta polémica con el fanatismo de los **esenios**, obsesionados por la pureza, que consideraban a los extranjeros satánicos y contaminados.

Sería bello pensar que en aquella fatal noche fría de Palestina, en el patio empedrado que todos (incluso los hebreos) llamaban con una palabra griega *litòstrotos*³, en la que Cefas asustado se calentaba al fuego con otros que lo reconocieron por el acento («¿*acaso no eres tú también galileo?*») mientras tendía el oído al diálogo entre el acusado Jesús y el procurador, oyera hablar en griego.

Pilato hablaba; Jesús respondía, sin intérprete.

En un momento de tensión, el interrogatorio judicial tomó un cariz filosófico: Pilato preguntaba qué cosa es la «verdad». ¿Y en qué otra lengua el Mediterráneo hablaba de filosofía?

Como quiera que sea, **desde sus albores la literatura cristiana fue exclusivamente griega.**

El descubrimiento del libro, del *codex* con páginas, cambió el mundo antiguo de forma sutil, pero decisiva para el cambio de época.

La lectura de los rollos, que era recitación, correspondía a la profunda naturaleza *pública* de la antigüedad greco-romana. La naturaleza de la solar y fascinante realidad romana era exclusivamente

² - André Paul, «*Jésus Christ, la rupture*», Bayard, 2001, páginas 133 y siguientes.

³ - El autor del artículo se confunde: Pedro estuvo en el patio del Sumo Sacerdote Caifás, pero no en el litóstrotos del pretorio de Pilato.

pública, lo que llevaba consigo una ausencia de «interioridad». Cada hombre consistía enteramente en sus actos. Lo externo y lo interno no estaban separados por un hiato doloroso.

La religión romana era radicalmente «acción», no preveía una teología. Comenzaba y se agotaba en el *rito*, del sánscrito «*rtà*», justa acción.

Inútilmente se preguntará a las lápidas funerarias una idea del más allá. Son monumentos *públicos*, sus epígrafes se dirigen a los que pasan para informarles sobre el *curriculum vitae* del difunto, sus cargos y sus fortunas, e incluso para divertirlos (un molinero se excusa por la mala calidad de los versos que expone).

No se trataba de una religión «inferior»; era la religión de una humanidad radicalmente diferente de la nuestra. El mismo Pablo, al hablar de la fractura que bien conocemos entre el bien que queremos y el mal que sin embargo hacemos, habla de otra ley que está «en los propios miembros»: dentro del cuerpo, no en la interioridad del espíritu. Incluso los hebreos no consideraban necesaria alguna idea sobre el destino humano *después de la muerte*, y sólo tardíamente elaboraron una doctrina del más allá, copiada de cultos místéricos e isíacos.

El libro crea ese espacio íntimo, en que se mueve la entera fe cristiana.

San Agustín nos transmite el sentido de vértigo que sintió el día que sorprendió a su maestro, Ambrosio de Milán, leyendo con el alma. El germánico de nombre griego, sentado, leía un libro «*sin pronunciar las palabras*» en voz alta; el bereber de Hipona observó casi con espanto aquella lectura silenciosa, el mudo correr de los ojos sobre la página, **el diálogo indecible que se lleva a cabo en la intimidad inviolada.**

Aquí nace el cristianismo. Y su tribunal interior, en que Cristo juzga las intenciones, es el origen de cada pena, de enfermedades del alma desconocidas por los romanos –la debilidad de la voluntad, el titubear de Hamlet– pero también de un rescate que ellos ni siquiera podían imaginar.

Quién sabe si *internet* no indique y promueva otra revolución antropológica, revolucionaria como aquella. O que no sea un regreso al pasado *público* romano.

Después de todo, la acción de leer en *internet* implica una acción que fue propia del lector de rollos: el *scroll*. El desenrollar.

Los ingleses llaman a los rollos del Mar Muerto «*Dead Sea scrolls*».

Maurizio Blondet